

CRISTO Y BONNOT

GIGI DAMIANI

I | INTRODUCCIÓN A ESTA EDICIÓN

Cristo y Bonnot nos lleva a un replanteo en las formas de encarar la lucha social. Un viejo debate, hoy por hoy un tanto viciado, reducido a la cuestión de violencia si o violencia no. Nos interesa retomar ese debate pero en un plano más profundo y más práctico. En este texto se nos presenta algo más que un diálogo. Nos encontramos con dos posturas enfrentadas buscando coincidencias, más que diferencias.

La intención del texto en cuestión no es el intento de conciliación de dichas posiciones, ni una “fusión de ideas”, si no más bien es una representación de la continua búsqueda de la libertad, que en sus polos más negativos, lleva a un aislamiento de las luchas por una cuestión aveces vanguardista, o de forma contraria deriva en el reformismo, en la conciliación con el poder, y en ambos casos en la perpetuación de la miseria que nos rodea. Cristo y Bonnot, un Cristo, propiamente dicho, que promulga el amor y la resistencia pasiva y, Bonnot, un bandido partidario de la ilegalidad y del ataque a la burguesía, esa que le ha robado su dignidad.

El auto gris está detenido al borde de un foso, donde el bosque comienza; (¿cuál de sus nervios se acalabró o que arteria cerróse negando a su corazón su afluencia vital?) y, bajo él, de cara al aire un joven se retuerce, busca y reniega. Por la carretera, sin que de sus cansados pasos, sobre la alfombra de hojas amarillas, (¡estamos en otoño, en el triste otoño de todas las cosas!) se oiga el ruido, El viene. El, un vagabundo rubio de larga cabellera inculta, y de barba bipartida al mentón. No es bello, no es fuerte. Y el viento podría borrar su cuerpo magro y barrer lejos su extraña figura, que parece escapada de un viejo cuadro carcomido; de uno de esos viejos cuadros de cuyo fondo bituminoso se destacan figuras de cera. Pero su boca es de aquéllas que las pecadoras besan mordiendo y sus ojos, azules y brillantes, parecen mirar dentro, en el alma, (más allá de la grosera realidad de las formas) ofreciendo a todo cuanto tiene una conciencia que siente el dolor, una mirada de amor.

El se acerca, se inclina y pregunta con voz dulcísima (al hombre que suda, que se fatiga y reniega):

—¿Por qué te fatigas tanto hermano?

El otro, sorprendido e inquieto, saca fuera, por detrás de una rueda, la cara sucia de grasa; (una cara que la energía ha esbozado ciertamente a grandes rasgos) y en la sombra, desde su puño macizo, el caño de un revólver amenaza. Dura, su mirada escudriña e indaga; después tiene destellos de alegre ironía.

—¿Por qué me fatigo? Para no vivir la bella vida que tu arrastras, vagando por los caminos del mundo.

Y se echa de nuevo bajo la máquina; mientras el otro, con la tranquila paciencia de quien esta avezado a las esperas demasiadas largas, se sienta en un tronco cortado. Y mira lejos... lejos..Chirridos de un tornillo que gira, pequeños y precisos golpes metálicos, una cadena que corre y el hombre sale al fin, de bajo de la máquina; se endereza de un salto y se sacude.

–¿Cómo estás todavía ahí? ¿Esperas tal vez que te lleve volando hasta el próximo pueblo donde, a medio día los frailes dan alguna escudilla de cieno?

–Te engañas, hermano; no amo las carreras locas; se llega lo mismo a la meta con tranquilo paso.

–Ciertamente, se llega lo mismo, si no se revienta de hambre en el camino; se llega lo mismo desgarrados, enfangados, rotos, acabados; y, llegados a la meta, se encuentra que otros han llegado primero y se lo han llevado todo. Yo, solamente por un panne en una rueda, he perdido hoy un lindo golpe.

–Inútil golpe.

–¿Tú crees...? Y ahora tendré que esperar un mes a que la ocasión vuelva, si vuelve.

–¿Y si volviera, que esperas de ella?

–Un buen paquete de hojas cifradas con las cuales todo se consigue en un mundo donde todo se vende.

–Eres ávido y amargo.

–Soy como me han querido.

–¿Y si el hombre, acaso un anciano, que lleva el paquete se obstina en negarlo; si grita, si lucha?

–¡Oh! querido, peor para el. La guerra es la guerra y, generalmente, toca al subordinado, antes que al comandante, caer. Por lo demás, al fin de cuentas, el también es culpable.

–El sirve, tiene un deber y fiel, lo cumple.

–Pero es la fidelidad de los siervos lo que hace más fuertes a los patrones. Estoy harto de éstos, pero también de aquellos. ¡Al diablo los siervos!

–¡Pero quieres dominar!

–Quiero vivir y gozar.

–Trabaja.

–¡He trabajado tantos años! He trabajado desde que los otros, niños aun, jugaban. ¿Y qué tuve?

–Has vivido tranquilo, hoy tranquilo no estas. Olfateas a tu alrededor el acecho.

–¿Vivido tranquilo? Pero si tenía hambre de todo: de saber, de pan, de alegría, de amor... Tranquilos vivían los ociosos de hucha pingüe, que satisfechos pasan, mientras yo

–Oh, tu no lo hubieras logrado

–Me rompía los riñones encarnizado sobre el hierro. Vivían aquellos -cuya fiesta hoy turbo- que iban hacia el

placer, hacia todas luces, hacia todos los festines. Todo para ellos era posible; a mi todo me estaba negado. Lo hice observar a los otros que conmigo se consumían, obligados por la miseria, en el mismo yugo envilecedor: *“Compañeros: injusto es el mundo, injustos son los hombres, injusto es Dios...”*

–¡Blasfemabas!

–¡Demostraba! ¿Por qué a nosotros la fatiga y las penurias y por qué a los otros el ocio y la abundancia? Pero a mis compañeros de trabajo (y aquella fábrica era un ergástulo donde se entraba hombres y se salía brutos) se estrecharon en sus curvadas espaldas.

–¿Que quieres hacerle? Desde que el mundo es mundo ha sido siempre así.

–¿Siempre así?

–Siempre, y el yugo se ha hecho más duro, más grave, cuando hemos intentado destrozarlo. Resígnate, pues; ¡es el destino! Se ha escrito: quien trabaja, triste y pobre pasa la vida, y quien hace trabajar goza... lo mejor es adaptarse. Después de todo, si el Capital es un usurero jamás saciado, por él, empero, vivimos.

–El trabajo no pagado es la fortuna de los otros.

–Ciertamente es como tú dices, pero... el mundo es de los ladrones.

–¿De los ladrones? Entonces yo también seré ladrón; que de ser robado ya estoy hartos.

–¡Tonto! Ellos tienen la ley para si.

–Son ellos misma la ley.

–Su robo es legal y se llama capital en movimiento

–Pero, ¿como han empezado?–¿Que importa?¿Y quien lo sabe? Tal vez robándose a si mismos... Tal vez un antepasado ha robado para ellos. Tu padre, en cambio, como el nuestro, fue duque del patrimonio de los zapatos sin fondo. Vivirás, por lo tanto, de pequeños robos.

–¡Oh! Esto no. Extenderé las garras hacia sus más abundantes cofres.

–Los encontrarás bien defendidos.

–Con las armas en la mano me abriré camino.

–Saldrás bien una... dos veces. Después te darán caza en montón contra uno. Todos sus perros de presa tendrás tras tus talones.

–El jabalí perseguido, cercado, se vuelve y acomete.

–Pero muere.

–Sea también, pero no solo; y después de haber vivido su libre vida. Después de todo, el cerdo muere lo mismo degollado. El adaptarse no lo salva.

–O, si no, hecho un grueso botín, te transformarás en el buen ciudadano que vive de renta. Y con el dinero robado, queriendo o no, explotaras también tu nuestra fatiga.

–¡Esto no! ¡Esto nunca

!–Y entonces ¿para que robarás?

–Pero... para gozar mi vida, para vivirla plena. Para vengarme, castigar y también ayudar... Es mi sueño... el sueño de mis noches insomnes... todas las angustias me lo han fijado en la mente.

–¡Escuchad! Bandido ilegal, contra los bandidos legales empezaré -con alegría desenfrenada- una bella y tremenda batalla... y por ella estoy en campaña. El vagabundo sacudió la cabeza y sonrió. Antiguo frecuentador de ladrones y prostitutas, el tenía extrañas indulgencias para todos los fuera de la ley, lo que había escandalizado siempre a los fariseos.

–¿Y como va la batalla?

–¿Como va? Como todas. Días agitados de lucha implacable; orgías, a la noche, con diez o veinte mendigos; después, a la mañana, de nuevo en la contienda. Días de caza en que persigo, o soy perseguido. Días plenos de vida para festejar la victoria duramente lograda Y luego, de nuevo, los cuerpo a cuerpo, disparos... salpicones de sangre...Fugas por los bosques o los techos ... puñados de billetes de banco. Pero también tengo mis horas de gozo, las bellas mujeres, las buenas cenas y un lecho que no magulla el cuerpo...Y tomo a puntapiés la ley; hago dormir mal a los patrones; canso a los sabuesos...

–¿Eso es todo?

–A mi me basta; hasta me embriaga.

–¿Y los bandidos legales?

–Chillan y se arman.

–¿Y tus antiguos compañeros de pena?

–¡Idiotas! me tratan de loco...

–En verdad lo eres...

–Si otro me lo dijera; pero tu eres un andrajo de hombre; un vencido que ha renunciado a la lucha. No sonrías; contra tus sonrisas están tus harapos. Loco, querido, es quien se deja caer de hambre mientras preparan el festín para los otros. Yo tomo donde hay en demasía...

–Acabaras mal y demasiado pronto.

–Puede ser, pero habré vivido.

–Un momento.

–Mejor que nada.

–Y sobre el mundo la injusticia triunfara como antes

.–Si el mundo la quiere, que la tenga, yo no tengo culpa.

–Trabaja seriamente para eliminarla.

–¿Y no es, acaso, lo que hago? No llevo, acaso, el terror allí donde la injusticia acumula sus dividendos de goces para un puñado de afortunados.

–Nada haces que deje un surco profundo; tu camino conduce al abismo.

–Porque todos los que sufren no osan seguir mi ejemplo.

–¿Y si lo osaran? Piensa en la refriega feroz... en los caídos.

–¿En los caídos? Pero suma todos los de las guerras inútiles, súmalos a los que la miseria todos los días siega... a todos los que marchitados por la tuberculosis y las penurias, estos vientos de otoño se llevarán... Te hago gracia de los suicidas por hambre y no pongo en cuenta tampoco los otros muchos que las máquinas trituran o las minas engullen.

–¿Y después? Cuando todo sea consumido, malgastado, ¿no quedara acaso una miseria mayor y mas vasta?

–Oh! Después... se podría ver; por ejemplo, volver al trabajo, para el provecho de todos.

–Después... se empezaría de nuevo; vuelto el hombre a su vida bestial, serian todavía los más fuertes y los más astutos quienes reorganizarían la vida en su provecho.

–Tu destrucción es ciega; es demente. No purifica, embrutece. Otro es el camino..

.– ¿Tal vez el que tu, descalzo, recorres?

–Ese.

–¿En cuyo final hay una sopa mendigada que sabe de todas las sobras?

–En cuya meta esta la paz para todos. Mírame al rostro...

–Te estoy mirando desde que has llegado.

–Mírame bien ¿recuerdas haberme encontrado otras veces?

–No lo creo, mas... espera. Siendo muchacho, en una iglesia campestre, (en una de esas iglesias húmedas y frías, en que los candileros son de madera y los adornos de papel y en ellos cuales Dios se hace humilde para darlo a entender también a los miserables) vi una estatua de yeso, mal pintada y llena de polvo, que tenia tu cara.

–¡Era yo!

–¿Tu?...¡Esto es como para reventar de risa. Y hay quien niega que el hambre crónica hace semejantes bromas al cerebro! ¿Tu, Jesús? Aquél que, según mi abuela, (cuando no podía darme una torta me contaba un cuento), se hizo clavar para salvar a todos los hombres...?

–¡Aquel!

–¿Y habrías, entonces, muerto también por mí?

–También, y sobre todo por ti.

–¡Mira! Mira! Pero ¿cómo no has salvado a ninguno, ni aun a ti mismo, no deploras ahora la inutilidad de tu sacrificio?

–Nada deploro y volveré a subir al calvario...

–¿Y después? Y Cristo, pues era el, inclino la cabeza.

–Ese ¿y después?, en las largas vigilias de su conciencia, (en el desierto que el pensamiento hace en torno nuestro aun en medio del gentío) lo había angustiado, torturado tantas veces... Más se re-hizo. Sacudió la cabeza como si quisiera librarse de un incubo y con su hermosa voz, dijo:

–Satanás, ¿porque me tientas? Créelo. El sacrificio tendrá su revancha y segara las mieses que la sangre ha fecundado, aun en los más rocosos terrenos

.–¿Cuando?

–¡Oh! no temas: vendrá el día.

–¿Vendrá?... ¡Vendrá! Pero mi vida es de hoy.

–La vida es eterna, y nosotros reviviremos en los que vendrán.

–Historias. Nosotros nacemos y morimos. ¿Y por qué entonces, entre la cuna y la tumba para algunos solamente la pena y para otros solo la alegría? Cristo quedóse un tanto pensativo. En otros tiempos hubiese hablado de la gloria que espera a los elegidos al lado del Padre; del reino de los cielos, cerrado para los gozadores y abierto para los humildes y los pobres de espíritu. Pero, divinidad encarnada, arrancada al Olimpo de los sueños, hombre constreñido a vivir la vida del hombre, hacia tiempo que estaba agitado por intimas y sordas rebeldías hacia aquel padre que todo lo sabia, todo quería y que, pudiéndolo todo, dejaba, sin embargo, que los seres y las cosas se torturasen mutuamente tan solo para distraer el propio tedio eternal. ¿No había sido señalado, el destino del hombre, desde las primeras horas? ¿Para que la mentira de

la salvación, si el bien y el mal se habrían de afrontar inútilmente como estaba previsto, en el espacio y en el tiempo? Pero el, el Cristo, al propio sueño de paz y de amor no hubiera renunciado jamás. Y realzo su cabeza; sus ojos lucían, y una extraña fascinación exaltaba ahora su persona. De pie, abiertos los brazos, alta la frente hablo:

–Hermano, penetra en ti mismo; descende al fondo de tu alma. En su más escondido ángulo hay un tesoro que vale por todos los tesoros. ¿Por que te esfuerzas en ser todo lo que no eres? El odio te agita y te vuelve despiadado; mas el amor esta en ti. Esta en todos los humanos, en todas las cosas, ciertamente. Reniegan de el los apetitos; lo sofocan las pasiones; pero su pequeña llama arde descuidada. Anímalala con el soplo de tu voluntad y ella dará la llamarada purificadora. Yo no te digo de adaptarte al mal y sufrirlo. Pero tú, a la violencia quieres oponer violencia. Es un desahogo, no una liberación. El edificio de la paz no puede ser levantado con arcilla amasada con sangre.

–El mal te aplastara si tú no lo refrenas.

–El mal debe ser rechazado negándose acumplirlo o a servirlo. Lo cual, créeme, exige un heroísmo mayor que cualquier otro, porque no ofrece más gloria o compensación que la satisfacción íntima de no haberse dejado arrastrar en los remolinos de la violencia y del delito.

–¡Bellas palabras!

–Hay que hablar a los hombres todos como hermanos cuya mente esta ofuscada por el error. Hay que apelar a su humanidad. La tranquilidad de todos presupone un estado de paz y no habrá paz hasta que no haya justicia. Hombre,

se justo contigo mismo y con tu prójimo.No juzgues, persuade. Abandona a si mismo al opresor si no quieres ser oprimido.

–¡Bellas palabras!

–A las cuales deben seguir los hechos, es decir, las obras buenas; obras de coherencia con el pensamiento animador.

–¿Y hace mucho tiempo que predicas este tu evangelio?

–Cerca de dos mil años y otros lo predicaron antes de que yo llegase...

–¿Y cuantos te han escuchado

?–Bien pocos... ¡Oh! ¡Demasiado pocos!...y

–Ves, pues, que tu predicación es estéril.

–No porque el terreno lo sea; es que faltan obreros de buena voluntad. ¿Quieres ser tu uno de ellos?

–No. Tu me pides que renuncie a lo poco que yo puedo todavía conquistarme y por una asaz flaca compensación. Una compensación que no te quita una arruga ni te salva de un puntapié. Tu has muerto inútilmente y continúas inútilmente tu apostolado. Si yo no resuelvo, por lo menos vindico. Tú no creas mas que resignados. Gente que espera el milagro.

–Y este es su error. El milagro no viene de por si; es preciso construirlo día por día.

–¿Y quien lo construirá? ¿Aquellos a quienes la miseria

atormenta y que, desarmados ante todas las ofensas, deben subyugarse o rebelarse, aunque la rebelión sea suicidio?

–¡Que unan sus miserias; que su resistencia pasiva sea imponente! Pero es necesario dirigirse también a los otros. Por doquier hay nombres de buena voluntad.

–Que la manifiesten y no sumando palabras a palabras... Pero las horas pasan. Tú tienes el tiempo por delante. Yo no sé lo que me espera esta noche o mañana. Te dejo. Aquí tienes dinero.

–Nada quiero...

–Lo darás al primer hambriento que encuentres.

–El dinero corrompe. La redención debe ser hecha por la palabra que ilumina.

–Me voy... Sin embargo, quisiera ayudarte. ¿Porque no vienes conmigo? Si no me atrapan tengo para charlar todavía un mes. Te restauraras; luego partiremos juntos contra la injusticia

.–¿Porque no abandonas, mas bien, tu máquina; porque no arrojas al viento tus billetes de mil? Cuando no sientas más su peso, tu conciencia será otra. E iremos, puros de espíritu, doquiera se sufre, a llevar la palabra de esperanza...

–Nos mandaran al diablo...

–Y subiremos las gradas de los ricos para recriminarles sus culpas...

–El portero llamara a los esbirros.

–Veo que eres obstinado.

–Soy decidido.

–Adiós, hermano; sigo mi camino; otros me escucharán.

–Yo también seguiré el mío, y antes de que yo caiga, las sentirás gordas de mí...

Los dos hombres se estrecharon las manos. Bonnot, a pesar suyo, se sentía triste... Los ojos de Cristo estaban húmedos..... La máquina jadeo un poco; luego, el pulsar poderoso del motor la hizo arrancar. Sobre la blanca carretera que se alarga hacia lejanas ciudades, Cristo reemprendía su marcha penosa, seguramente hacia un nuevo Calvario. Sobre la misma carretera, pero en sentido opuesto, directo hacia la ciudad inmensa – donde Epulón celebra todas las noches sus festines, mientras Lázaro vaga, como un can apestado, por las más oscuras calles, azotado por las intemperies y vencido por el hambre- el automóvil gris corría, en alocada marcha, hacia la lucha sin cuartel del bandido ilegal contra los bandidos legales. Después, los dos desaparecieron... Y el uno terminó, como había previsto, cercado en su propio refugio, quemando su último cartucho... También el otro, predicando el amor y la resistencia pasiva al mal, cuando este recrudeció con el delirio guerrillero, fue barrido, masacrado por el fanatismo nacionalista... Y sobre el mundo, la injusticia continúa gravitando como antes. Peor que antes... ¡Ah! si los dos, juntos, ayudándose mutuamente, hubiesen tomado otro camino y no por el del uno u otro... Si por otro camino, también el fatigoso uno hubiese corregido la violencia despiadada del otro dándole una meta más vasta que la fugitiva e incierta “alegría de vivir” del único

insurrecto...Y si el otro tuviese la predicación de la fe -que no mueve las montañas si la fuerza no la ayuda- sostenida con el brazo viril que derriba el obstáculo....Tal vez... hoy... ¿quién sabe? Y mas los dos volverán sobre el mundo; puede que ya hayan reemprendido la marcha...Que en el próximo encuentro se entiendan y se asocien:Y marchen juntos, sumando todos los heroísmos por el otro camino...Con todas las violencias y todas las bondades... Destruyendo y sembrando...

¿Que si yo también me la merezco? Bueno, puede ser, porque también estoy muerto de cuello para abajo, pero a mí no me frena la pasividad consentida, ni la moralidad judeo-cristiana. Por ello me declaro diablo. Es posible que esté desvariando, o no. Yo he aceptado mi locura como parte de mí.

E/W